

La convicción del maestro Makiguchi

El siguiente texto, ha sido adaptado del diálogo del presidente Ikeda Conversaciones sobre la juventud, publicado en japonés en marzo de 1999.

Josei Toda fue un hombre de incomparable fortaleza y de bondad inagotable. Siempre abrazaba y alentaba a los más pobres y desventurados. Quien más influencia ejerció sobre el señor Toda fue su maestro Tsunesaburo Makiguchi, otra persona sobresaliente por su consideración y su entereza.

Cuando el señor Makiguchi trabajaba como maestro de escuela primaria en la fría región de Hokkaido, solía esperar en la calle, bajo la nieve, a los niños que iban a clase y acompañaba a algunos de ellos hasta la puerta de su casa cuando terminaba la jornada de estudio. Caminaba pendiente de los más débiles, atento a que no se rezagaran por el camino, y a veces cargaba a los más pequeños en su espalda mientras llevaba a los mayores de la mano.

A la mañana, calentaba agua y con infinito cuidado sumergía en ella las manos de los niños agrietadas por el frío.

—¿Cómo te sientes ahora? ¿Así está un poco mejor?

—Sí, pero todavía me arde un poco...

¡Qué escena tan tierna y conmovedora!

Después de mudarse a Tokio, el señor Makiguchi cobró notoriedad como excelente director de escuela, pero al mismo tiempo se enfrentó con el poder, por negarse a transigir o a ser obsecuente con las autoridades. Esto lo puso en la mira; fue blanco de continuas persecuciones, y transferido de un puesto a otro.

En ese período, fue director de un establecimiento (la Escuela Primaria de Mikasa) cuyo alumnado pertenecía íntegramente a hogares de bajos recursos. Tan pobres eran esos niños que no tenían ni un paraguas con qué protegerse los días de lluvia. De su propio bolsillo, compraba bollos de arroz para los alumnos que iban a clases sin vianda de almuerzo, aun cuando él mismo debía mantener a una familia de ocho personas. Para que los niños más necesitados no se sintieran avergonzados, dejaba las raciones en la sala del celador; así, podían ir a retirarlas sin llamar la atención del resto.

Su bondad era tan inmensa que, con tal de hacer felices a los niños, llegaba a cualquier extremo. En sus propias palabras, sentía un deseo enorme de rescatar a esos estudiantes, a quienes veía sufrir bajo un régimen educativo que sofocaba la individualidad y machacaba contenidos a través de la repetición y la memorización pasiva.³

Cuando sentía que estaban en juego los intereses de los estudiantes, no dudaba en confrontar a las autoridades educativas. Se ponía en acción impulsado por la ira legítima. En una oportunidad, refutó con elocuencia la política de enviar inspectores de escuela -dotados de una autoridad inapelable- a presenciar las clases en el aula para imponer una rígida uniformidad en la enseñanza.

Sus acciones y su postura lo convirtieron en blanco de sus superiores, pero al mismo tiempo le permitieron conquistar el amor y la admiración de la gente común. Cuando lo obligaban a dejar su puesto en una escuela, los estudiantes lloraban, y hasta los padres y maestros contenían las lágrimas. Esto muestra qué persona tan querida era el maestro Makiguchi.

Finalmente, murió en una celda penitenciaria, por oponer resistencia a las demandas del gobierno militarista japonés. Sin pensar en su propia vida, rechazó enfáticamente el militarismo que tantos males e infelicidad causaron al pueblo. Rehusó aceptar la ideología equivocada del gobierno.

La verdadera bondad se mantiene firme frente a la injusticia. El budismo de Nichiren enseña que la ira puede estar al servicio del bien o del mal. La ira que impulsa a hacer el bien es necesaria. En cambio, la ira que se reduce a un mero estallido emocional es una respuesta “propia de las bestias”!4 Cuanto más grande es una persona, mayor es su capacidad de amor y de bondad. Esa inmensa benevolencia es lo que la vuelve grande y considerada.

La fundación de la Soka Gakkai

Adaptado de La nueva revolución humana, volumen 23, capítulo “Lucha intrépida”.

El 18 de noviembre de 1930, celebrado como el aniversario de la Soka Gakkai, corresponde a la fecha de publicación de Soka Kyoikugaku Taikei (Sistema pedagógico para la creación de valores), la obra magistral de Tsunesaburo Makiguchi. Pero si este tratado salió de la imprenta fue gracias a la labor conjunta del maestro y su discípulo.

El nombre “educación creadora de valores” fue elegido mientras Makiguchi trabajaba como director de la Escuela Primaria de Shirokane, en Shiba, Tokio.

En ese período, varias personas, como el titular del Departamento de Educación del gobierno de Tokio y el director a cargo de las inspecciones escolares, buscaban orquestar la remoción de Makiguchi, por su defensa de una reforma educativa y su rechazo a tolerar la injusticia. Makiguchi estaba considerando seriamente publicar la teoría pedagógica que había desarrollado a partir de su experiencia real en el terreno y de sus reflexiones como director, con el propósito de que sirviera de guía y de recurso a futuros docentes de nivel primario.

Una noche de invierno, Makiguchi y su discípulo Josei Toda se quedaron conversando hasta muy tarde, alrededor del brasero de carbón que calentaba la sala de este último. En esa oportunidad, aquel comentó a Toda su deseo de plasmar su teoría pedagógica en una obra impresa.

En aquellos días, la mayoría de los académicos japoneses se dedicaban a leer obras de autores occidentales. Era poco probable que alguien comprara el tratado pedagógico de un ignoto director de escuela primaria japonés y era obvio que no hubiera editorial que se interesara en su publicación.

Inmediatamente después de confesar su aspiración, Makiguchi admitió que las perspectivas no eran alentadoras:

—Desde luego, no sería razonable publicar una obra que no se habrá de vender y que seguramente arrojará pérdida...

Toda respondió con firmeza:

—Sensei, ¡deje que me ocupe de esto!

—Pero, señor Toda, eso va a costar un montón de dinero.

—No me importa. Estoy lejos de ser un hombre rico, pero tengo 19.000 yenes. Y estoy dispuesto a invertirlos en su totalidad, con todo gusto.

En ese momento, el sueldo inicial de un maestro de escuela era de unos 50 yenes por mes. Toda había fundado un instituto privado, el Jishu Gakkan, con el fin de poner en práctica las teorías didácticas de su maestro. Estaba decidido a invertir todo lo que tenía en el mundo para asegurar que el saber de su mentor viera la luz en forma de libro y pudiera ser transmitido a otros.

—Me fui de Hokkaido sin un céntimo en el bolsillo -explicó Toda-. Porque conocí a alguien como usted, he llegado a ser lo que soy. Francamente, no me importaría perderlo todo de nuevo.

Makiguchi lo miró fijamente y asintió:

—Y bien, si esa es su determinación, ¡hagámoslo entonces!

Sus ojos resplandecieron de vivacidad. Y luego, casi como para sus adentros, dijo:

—En ese caso, ¿qué título debería dar al libro?

—¿Cuál es el propósito de su teoría educativa? -preguntó Toda.

—En dos palabras, crear valor -respondió Makiguchi.

—Mmm... Déjeme pensar... “Ética para la creación de valores”, “Teoría educativa para la creación de valores” suenan un poco rebuscados [en japonés].

—Sí, no terminan de convencerme. Y tampoco me siento del todo a gusto con la expresión “educación creativa” -respondió el mentor.

De pronto, con las mejillas encendidas de excitación, Toda propuso:

—Sensei, ¿y si tomamos el primer ideograma de la palabra sozo (‘creación’) y el de kachi (‘valor’) y con ambos formamos la palabra soka? Así podemos crear el término “Educación creadora de valores” (Soka kyoikugaku)...

—Sí... ¡Es un buen nombre!

—Perfecto. Entonces ha quedado acuñada, de mutuo acuerdo, la expresión “educación creadora de valores”.

Ya eran más de las doce de la noche. En ese diálogo entre el maestro y el discípulo, se utilizó por primera vez el término soka para expresar la “creación de valores”.

El principal problema que entrañaba la publicación de la obra era organizar el manuscrito. De hecho, ni siquiera era un manuscrito propiamente dicho; en medio de sus constantes deberes como director de escuela, Makiguchi solía asentar sus reflexiones en el dorso de sobres usados o de volantes publicitarios, en hojas sueltas o en todo papel que tuviera a la mano, a medida que las ideas bullían en su mente. A veces, un mismo concepto aparecía desarrollado en dos o tres lugares distintos, de modo que el material disponible necesitaba primero un buen trabajo de edición para ordenar la exposición de los contenidos.

Sin embargo, no había nadie que se ofreciera para esa tarea. Makiguchi también había pensado largamente en este problema.

Pero entonces, una vez más, Toda dijo:

—Sensei, ¡déjelo en mis manos!

—Señor Toda, no puedo permitir que también se ocupe de esto... Sé que es un matemático genial, pero compilar y editar un manuscrito es una tarea totalmente distinta, y me temo que le dará demasiados dolores de cabeza.

Makiguchi prefería declinar su ofrecimiento antes de cargarlo con mayores pesos.

Pero Toda insistió:

—Sensei, le concedo que no tengo gran experiencia literaria y que tal vez me cueste utilizar un lenguaje académico ajeno a mi disciplina. Pero si el libro terminara siendo demasiado complicado para alguien como yo, por ejemplo, ¿quién lo leería? ¿Para quién piensa usted publicar esta obra? ¿Solo para los académicos y para los estudiosos más especializados? Pero si me permite publicar un libro que yo sería capaz de comprender, con todo gusto aceptaré el desafío de compilarlo y editarlo.

Y así fue como Makiguchi accedió a la proposición de su discípulo.

En su hogar, Toda se hizo a la tarea; comenzó recortando las hojas y anotaciones, para luego eliminar las partes repetidas y acomodar todo sobre el suelo de una habitación de ocho esterillas de superficie. No quedó un sitio libre. Cuando pudo visualizar el contenido en su conjunto, descubrió en esos recortes un enfoque coherente y una brillante teoría pedagógica.

Colmado de agradecimiento a su maestro, se lanzó a la minuciosa tarea de edición.

El 18 de noviembre de 1930, salió a la luz el primer tomo de Soka Kyoikugaku Taikei (Sistema pedagógico para la creación de valores). En la portadilla, figuraba como editor la Soka Kyoiku Gakkai (Sociedad pedagógica para la creación de valores), precursora de la actual Soka Gakkai. En su sincero afán como discípulo y con el deseo de honrar a su mentor, Toda había hecho imprimir el título de la obra y el nombre del autor con letras doradas.

En el prefacio del nuevo libro, Makiguchi expresaba su gratitud a los jóvenes que lo habían ayudado a editar y corregir el manuscrito; en particular, subrayaba la sustancial contribución de Josei Toda. Makiguchi destacaba que este último se había convencido de la validez de sus ideas luego de experimentar con ellas en el Jishu Gakkan -la academia privada de su discípulo- y de obtener resultados positivos. Agregaba que Toda había desempeñado un papel crucial en la consumación y la promoción de su teoría pedagógica. También elogiaba la obra Suirishiki Shido Sanjutsu (Guía de aritmética deductiva), el libro de texto escrito por Toda, como una obra pionera que representaba fielmente las ideas de la educación creadora de valor.⁸

Se comparaba a sí mismo y a Toda con Nikolai Grundtvig (1783-1872), fundador de las escuelas secundarias populares de Dinamarca, y a su joven discípulo Christen Kold (1816-1870), y a tono con ello consideraba la existencia de Toda como "un rayo de luz que ilumina el futuro aún incierto de la educación creadora de valores".⁹

Desde sus mismísimos comienzos, entonces, la Soka Gakkai surgió a partir de la relación de maestro y discípulo. Por eso, para mantener siempre vivo el espíritu de la Soka, esta inseparabilidad entre el mentor y los sucesores debe transmitirse y perpetuarse eternamente.

Notas

- 1 Los escritos de Nichiren Daishonin (END), Tokio: Solea Gakkai, 2008, pág. 407.
- 2 Véase IKEDA, Daisaku: Diario juvenil. Una juventud dedicada a un noble ideal, Buenos Aires: Azul índigo, 2010, vol. 1, pág. 120. Anotación correspondiente al 7 de enero de 1951.
- 3 MAKIGUCHI, Tsunesaburo: "Shogen" (Prefacio) de Soka Kyoikugaku Taikei (Sistema pedagógico para la creación de valores), en Makiguchi Tsunesaburo Zenshu (Obras completas de Tsunesaburo Makiguchi), Tokio: Daisanbunmeisha, 1982, vol. 5, pág. 8.
- 4 Véase END, pág. 320.
- 5 Ib., pág. 397.
- 6 MAKIGUCHI, Tsunesaburo: Makiguchi Tsunesaburo Zenshu, op. cit., 1984, vol. 8, pág. 406.
- 7 Ib.
- 8 MAKIGUCHI, Tsunesaburo: Makiguchi Tsunesaburo Zenshu, op. cit., 1982, vol. 5, págs. 8-9.
- 9 Véase Ib., pág. 9.